

NIPPUR DE LAGASH

ORACULO

Por ROBIN WOOD



Dibujos de LUCHO OLIVERA



Había cazado un ciervo esa mañana gracias a un afortunado lanzazo. No fue mucha pericia de mi parte, simplemente el animal surgió ante mí espantado o atraído por algo y mi reacción fue más rápida que la suya.

Por ello colgué mis mantas y mis armas en aquel bosquecillo y comencé a disfrutar de mi presa. Disfrute que también incluía labor.



Cazar un ciervo es la fortuna del vagabundo. Puede comer carne fresca, asada sobre brasas. Puede salar carne con la cual llenar su bolsa. Además la lengua es un delicioso bocado.



Y su piel, curada y golpeada, ofrece nuevas sandalias, nuevas correas para las muñecas y para reparar las ropas gastadas. Y sus cuernos sustituyen las empuñaduras quebradas de cuchillos y espadas.



(Sí. Gran fortuna es cazar un ciervo.)



Entonces oí algunas pisadas a mis espaldas. Mi oído adiestrado me dijo que eran pies lentos, meditativos, pies que deambulaban sin prisa y sin objeto.



(Pies de hombre que piensa mientras camina.)

Una rama crujió y el sacerdote apareció frente a mí, entre los árboles. Era de mediana edad, de aire gentil y pulcras ropas blancas. Sonrió al verme.



Los dioses te protejan, forastero.

Y entonces vio los restos sangrientos del ciervo. Lo vi palidecer.



¿Qué has hecho? ¿Has matado?

Sí. He cazado un ciervo. ¿Por qué? ¿He hecho mal?

¿Sabes por ventura dónde estás?



No. Es la primera vez que piso estas regiones. Soy forastero como verás por mi ropa y por mi lengua.

Comprendo y veo que no hubo mal en tu acción. Por lo tanto te explicaré el sitio donde te hallas.



Por favor, siéntate y comparte mi comida.

Me sentaré contigo pero no comeré. Soy sacerdote y sólo me alimento de hierbas pero tú puedes comer mientras yo te hablo.



Este es el bosque de los oráculos y su área es sagrada. Animales y hombres que penetren en él son intocables pues los protege la voz de los dioses que se hace oír en el templo que se alza en el corazón de la foresta.

Allí llegan peregrinos de todas partes buscando una respuesta a sus angustias y sus anhelos y la criatura sagrada les responde con la voz de los dioses que resuena por su boca.

¿He pecado contra el oráculo entonces?

No. Peca aquel que sabe, no aquel que ignora, pero deberás purificarte en el templo.

Entonces déjame terminar con mi tarea e iré contigo. El ciervo ya está muerto y sería mala cosa no aprovecharlo.

Tienes razón. Esperaré y mientras tanto podrás hablarme un poco de lo que has visto en tus caminos. Pareces hombre que ha viajado mucho.

¿Viajado? Tal vez. Más bien me siento como una roca que cae por las laderas rebotando contra todas las salientes sin poder detenerse nunca.

El sacerdote sonrió bondadosamente. No era viejo, pero parecía un hombre sabio.

Veo que también eres un hombre que ha conocido mucho sufrimiento.

Vamos al templo. Ya he terminado mi tarea.

Sígueme.

A medida que nos adentrábamos en el bosque comencé a vislumbrar rastros de hombres y bestias por todas partes.

Veo que los peregrinos afluyen aquí por millares.

—Sí. Llegan desde todos los países con presentes para el oráculo.

—¿Aceptáis los presentes?

No. Y a veces es difícil hacer comprender a los implorantes que el oráculo puede darles la voz de los dioses sin recibir nada a cambio. Muchos vienen con alma de mercado a trocar oro por bienaventuranza y se sienten inseguros y engañados cuando no aceptamos su oro.

El alma del hombre es un pozo donde cada piedra arranca un sonido diferente. Y hay algunos ingenuos que dicen comprenderla.

He allí el templo.



Era casi una caverna cavada contra una formación rocosa que se levantaba entre los árboles. Y vi numerosos peregrinos con sus acémilas acampados a su alrededor. Olfía a fogatas e inciensos y reinaba un gran silencio.

Entramos en el templo oscuro, lleno de humo balsámico y gente arrodillada. Se oían sollozos ahogados, gemidos y susurros. Alguien reía.



Ven.

Y vi apoyados contra una pared a los seis hombres vestidos de piel y bronce, con sus caras barbudas llenas de cicatrices y aburrimiento y mi ojo experto adivinó los cuchillos en las polainas y bajo las pieles. Olfían a ajo y misterio.



Luego seguí al sacerdote y los olvidé. Llegábamos ya al centro del templo donde las llamas de una hoguera se reflejaban en un pequeño estanque de aceite.

Allí está la criatura de los dioses.



Estaba sentada junto al estanque. Parecía un niño pero no lo era. Sus cabellos rubios llegaban hasta sus pies y su piel era blanca como la espuma. Era tan delgada que podía ver su corazón golpear la piel a cada latido.

Un hombre llega a ti, voz de los dioses.

¿Me ve? Tiene ojos extraños...



No lo sé muy bien. A veces mira y otras no. Sus ojos y su salud son caprichosos y débiles. Vivimos temiendo por su vida.

Hunde tus brazos en el aceite...



Así lo hice. Estaba tibio y cenagoso y me repugnó un poco. Entonces el oráculo me miró. Tenía ojos incoloros, extraños...

Tú eres hombre de largas distancias. Tú eres hombre de muchas espadas. Eres hombre de manos sangrientas y corazón limpio...



Sufres... buscas algo y no lo hallas... Buscas la perfección humana y no eres tolerante con las debilidades. Olvidas, hombre, que los hombres son débiles como niños perdidos. No seas duro. Ablanda tu pecho de bronce. No des tus sentimientos como aquel que da migajas.



El oráculo me sonrió por sobre el aceite luminoso. Una extraña calma de alas pálidas descendió en mi pecho.

No seas tan fuerte, Nippur. No seas como las montañas inaccesibles. Deja que tu espíritu baje a las llanuras humanas. Deja que la ternura florezca en ti. Haz que tus manos dejen de ser puños. Olvida el estruendo de los imperios derribados y escucha el canto del arroyo.



Luego calló y lentamente, como una flor que se cierra, bajó la cabeza y encogió brazos y piernas. El sacerdote junto a mí murmuró:

Debemos llevarlo a su lecho. Es débil y esto lo debe haber fatigado. Hace años que no hablaba tanto con nadie.



Quedé allí en silencio, sobre mis rodillas, perdido en mis pensamientos. No sé cuánto tiempo estuve así hasta que...

Nippur...



Ha oscurecido... ¿Cuánto tiempo he estado así?

Varias horas. Todos los demás se han ido ya. Ven. Esta noche duermes aquí.



Allí, a un costado del templo hallarás mantas y pieles. Descansa con los dioses.

Te agradezco.

(Expulsa la dureza, dijo... Abre tu alma, dijo...)



¡Pero no es fácil. Cuánta sangre he visto... Cuánta barbarie... Cuánta locura... ¿Cuánta? ¿Cómo poder llenar el pecho con bondad ante la bestialidad de los hombres?)



(Y sin embargo, en este templo se respira algo... Algo puro y bueno... Se respira el aliento de hombres que sólo viven para guiar a otros. Se respira la bondad...)



(Bondad... Fe... Oh, dioses omnipotentes...)

Me dormí, no sé cuánto tiempo. Dormí como un niño satisfecho o como un hombre en paz con todo. Dormí en la gracia de los dioses...



... hasta que me desperté con los cabellos erizados, buscando a tientas mi espada mientras algo hacía sonar mi instinto como la cuerda de un arco.

¿Qué...?



La cara brutal estaba sobre mí y sentí su hedor a ajo, a putrefacción.

Quieto. No te muevas si quieres vivir.

Oí voces susurradas y un rumor conocido. Bronce contra cuero. Espadas saliendo de las vainas. Sombras bailando contra las paredes de roca.



¿Qué hacéis?



Allí está el oráculo. Llévenlo a la carreta.



¡Alto! En nombre de los dioses! ¿Qué es este sacrilegio?



¡Mátalo antes que grite!

Bien.



¡Ahhh!



¡Miserables! ¡Sangre en el templo! ¡Los dioses os harán malditos por esto!



¡Calla!



Levántate tú y ven con nosotros y ten cuidado con intentar nada. Somos expertos y tu cabeza rodaría por el suelo antes que pudieras terminar un gesto.



¿Dónde está el oráculo?

Lo tenemos en la carreta.



Muy bien. ¡Tú! Arrastrarás la carreta y rápido. Y ten cuidado.



¡Marcha!

No entendía aún bien lo que ocurría cuando mis manos fueron atadas rabiosamente a la pértiga de una pequeña carreta de cuyo interior brotaban gemidos. Una lanza me pinchó en la espalda.

En el silencio oprimente de la noche comenzó esa marcha fantasma por el bosque, rodeado de las sombras siniestras y con el gemido lastimero siempre a mis espaldas.



La luz del día (feroz luz de sol relampagueante) nos sorprendió en unas estribaciones montañosas y áridas donde trepé entre tropezones y bamboleos de la carreta. Y el gemido...

(¿Qué hacen? ¿Adónde vamos?)



Alto. Descansaremos una hora antes de seguir. Come y bebe. Lo necesitarás.



¿Cómo está?

Gime. Ha bebido agua locamente. Creo que el sol le hace mal.



¡Bah! Es más que un ser humano. Aguantará hasta que salgamos de la región.



¿Qué quieres hacer con el oráculo, hombre?

Me llamo Rifak. Y quiero el oráculo para ser poderoso.



No entiendo...



¿Qué no podré conseguir con el oráculo en mis manos? La gente vendrá a él con sus presentes de oro y yo los tomaré en vez de rechazarlos como estos estúpidos sacerdotes. Con mucho oro podré, sin dudas, conquistar reinos en nombre del oráculo. ¿Quién lo enfrentará?

Me quedé mirándolo estupefacto ante su increíble bestialidad y su inmensa y maloliente humanidad. Por fin atiné a balbucear...

Hombre imbecil... ¿Por eso lo has hecho? ¡Estás loco!



Cuida tu boca. No quiero fatigar a mis hombres tirando de la carreta por si hay combate y por eso aún vives, pero solamente por eso. Recuérdalo.



Loco... loco... loco...



¡Rifak! ¡El oráculo tiembla y todo su cuerpo arde! ¡Creo que está mal!



El sol... El sol lo hace gritar... Lo enferma...

Hay que sacarlo de aquí.

¡Vamos! ¡En marcha!

A golpes, a gritos, azuzado como un animal, comencé aquella marcha de pesadilla entre las rocas escabrosas, tambaleándome, cayéndome, bajo un sol de fuego...

Mis manos, mis rodillas, mis pies se desollaron en golpes y caídas y la sangre se mezcló con mi transpiración y mi jadeo ronco con el llanto desesperado de la carreta...

¡Apura! ¡Apura, maldito seas!

Mira, Rifak... Parece que se debilitara...

Aguantará, estoy seguro...

(Lo están matando... Los sacerdotes han cuidado su vida como una llama débil y ahora estos cerdos sanguinolentos...)

(¡Oh, dioses! ¿Por qué permitís esto? ¿No hay rayos? ¿No hay un fuego que borre hasta el rastro de esta horda humana?)

Y el llanto subiendo y bajando bajo el sol de calor y la tierra rajada...

Creo que se está...

¡Cállate! Aguantará...

Y el llanto débil y fino como un hilo de agua flotaba sobre el estruendo de las ruedas entre las rocas...

(Lo matarán... Su pobre cuerpucillo no soportará esto.)

Escucha, Rifak... Tengo miedo... Creo que hemos cometido un pecado horrible. Volvamos atrás, devolvamos al oráculo...

¡Cállate! Si vuelves a hablar del asunto, te mato.

Y el llanto débil...
 (Están enloqueciendo de terror... Todos, hasta Rifak... Comienzan a comprender lo que han hecho... Lo que están haciendo...)

Y el llanto no cesa...
 Rifak... volvamos. Volvamos... Devolvamos al oráculo... Tengo miedo.

Y el llanto...
 ¡Cállate! ¡Te lo advertí!
 ¡Ahhh!

Y el llanto...
 Devolvámoslo... Estamos cometiendo una locura.
 Te mataré, cobarde. Te...

Pero...

El llanto...

Todos los rostros se volvieron a la carreta donde el llanto había cesado. Un escalofrío me corrió por las carnes.

Y uno se acercó y alzó la manta. Luego un rostro amarillo y despavorido se alzó.
 Está muerto.

(Criatura de los dioses. Lo que te han hecho... Cerdos, cerdos...)



Una furia salvaje trepó como arañas por mis huesos y mis tendones hasta llegar a mi cerebro donde estalló como un relámpago rojo...





Y ahora tú... el peor, el primero, el mayor asesino...



No... espera... Tengo... Tengo oro...



Lancé un grito que me ensordeció y todo estalló en rojo y negro. Sentí mis manos con toda la fuerza del mundo explotando en mis dedos...

¡Aahhhh!



¡Los dioses te esperarán más allá del Mar Negro! ¡Maldito seas!



Nippur... ¿Tú?



Yo, sacerdote. Yo. Yo con la más grande tristeza de los mundos. Mira qué trofeo de angustia traigo.



Lo supimos. Las flores murieron de pronto y lo supimos. No lo lamentaremos. Estará bien ahora.

No... No puedo aceptarlo tan fácil como lo dices...



Su alma tan hermosa... ha servido de revolcadero... No... No me resigno... No lo acepto... No.

Nippur...



Estás llorando...

¿Llorando...?



Sí... es verdad... Sí...



Sí... ¡Sí!

FIN